

habriais, no hay duda, encontrado cada una de vosotras un esposo digno y amante, que fuese vuestro olmo donde reclináros pudierais en un mundo que pisotea á la yedra esparcida y sin arrimo. Habéis dicho un adios eterno á vuestro padre, que despues del infinito Ser, os hizo mirar la apacible luz de los cielos, á vuestro Padre, que con caricias sin número os arrulló, tiernas y pequeñas niñas, en su regazo, rebosando de consolaciones paternas y puras. Habéis escuchado una voz horrisona y con mucho muy pavorosa, que resuena en vuestro oído, y como dardo ferozmente lanza lo del arco, penetra y penetrará hasta vuestras entrañas. Esa voz dice: *Egre dere de terra tua, de cognatione tua, et de domo patris tui.* Abandonad para siempre vuestra tierra, testigo de los juegos lindos y placenteros de vuestra infancia; abandonad toda vuestra parentela, con la que ningun vínculo corporal os quedará; ya no vereis ni por una vez postrera el árbol de donde obtuvisteis un nido y bajo cuya hospitalaria sombra os recreabais, rumiando pláticas gratisimas de familia; ya no mirareis jamas los poéticos techos de vuestra primera morada, ni aquellos campos, aunque áridos, deliciosos y embelezantes para vosotras, que erais sus propietarias y señoras ¿Pero qué digo? Lleno de contento, admiro vuestro valor intrépido, y observo con júbilo que vuestros labios se

entreabren suavemente, para prorumpir como aquel venturoso pescador que renunció red y barquilla: Ved aquí que todo lo despreciamos por seguir al Dios nuestro. ¿No es verdad hijas mias, que en este instante supremo está vuestro corazón pronunciando, paréceme leer en sus latidos: En tierra yerma y sin camino y sin agua nos presentamos á tí ¡oh amigo, oh Padre, ó Dios nuestro!, nos presentamos á tí en tu santuario, para sentir y disfrutar tus poderios y tu gloria?

Mas en realidad, ¿en tan sublime abandono que es lo que habéis dejado? El mundo, me responderéis. ¿Y qué es este mundo si no un descomunal panteon, donde los vivos, como si fuesen sus adornos lacrimatorios, se ocupan en inscribir sobre lápidas diversas, pensamientos de horrible desengaño, que bien pronto quedarán juntos con los que ellos y sus pósteros, de un mismo destino sucesores, les inscribirán? Y qué es este mundo, sino un amplio y vastísimo sótano, donde curiosos naturalistas reunieron muchedumbre excesiva de mariposas, que juguetean y rebullen, ostentando en el colorido sus gracias y primores; pero que efímeras ellas por condicion congénita de su ser, se tornan en cadáveres, y luego se deshacen en menudo polvo que el naturalista mismo desdeña? Y qué es este mundo, sino una máquina ruidosa donde de continuo se ar-



man lazos á la inocencia, para que todo pié tenga deslíz; donde se adelgazan los medios para convertir la virtud, tan portentosa en preciosidades como ella es, en un miserable segundon de la moneda corruptora; y donde el crimen se engalana con los hermosos atavios de la justicia; y de donde salir es entrar á una mansion sin celadas y de quietud sin tropiezos? Por eso vosotras sin vacilacion alguna lo abandonais, subiendoo á la montaña desde la cual se columbra la tierra de promision y de dulcissimas esperanzas.

Los frivolos adoradores de ese mundo claman, y con voz robusta hácia sus cuatro ángulos publican: que la vida es una *pintada y fresca primavera con su manto de luz y orla de flores*. Pero los oráculos biblicos dicen: Que vivir es peregrinar hácia el Señor, y morir es ganancia. Si hijas mias, vivir, es caminar aprisa ó espacio á un necesario sepulcro, y morir, es llegar siempre de un golpe á la vida feliz ó desventurada. Luego vosotras, renunciando la vida mundanal y sus atractivos, obrais como el sabio á quien la estupidez baldona; mas á quien ensalzan con encarecidos loores los pueblos que pasaron y que vendrán, los pueblos circunvecinos y lejanos, con tal que no estén fascinados por esa fantasma de la sabiduría mundana, que con figura de sirena tiene el corazon

de raposa, de esa sabiduría terrestre donde la lamia hizo su guarida encontrando su detestable descanso.

Ojalá y corriendo los años, ó subiendo las gradas del camino de la perfeccion monástica, asi como muchas hijas de Catarina de Suecia, ó de una sola vez, como Jacob en el desierto de Betel, veais á Dios remunerador en el remate de vuestra escala. Ojalá y las consolatorias emociones que sentis en este dia, se multipliquen y renueven como los copiosos retoños de las palmas de Elim. Ojalá y por innumerables dias, logreis aquella quietud santa de la que dice Teresa de Jesus: *Está el alma como un niño que aun mama, y que se halla á los pechos de la madre, y ella sin que él paladee, echale la leche en la boca para regalarle*. Asi acaecerá que sin trabajo, ya del entendimiento y amando vuestra voluntad, conozcais lo que el Señor esté haciendo, que es deleitaros con aquella suavidad de amor; es decir, ojalá y le ameis con el entendimiento, como amareis con la voluntad, y como con la voluntad, tambien con la memoria ameis; como quien experimente, que identificadas en una las tres potencias del alma, con las tres potencias ameis, trocadas vosotras enteras en amor.

Y qué zen las moradas pacificas de este monasterio únicamente delicias gustareis? Y nunca os entristecerán con sus roncous arrullos las palomas del



Calvario? En esas mansiones por donde ireis posando y caminando, los montes bravos y tierras estériles, se mudarán siempre en carismas de Parayso; los arboles silvestres en floridos y frutales, las bestias fieras os halagarán con mansedumbre, y los dragones y avestruces, con vosotras glorificarán al mediador del testamento de gracia? Guardaos, hijas mias, el Evangelio no adula, guardaos de creerlo asi; porque despues de las purificaciones de la vida penitente, quedan unos gusanos que no se dan á entender, hasta que como el que royó la yedra á Jonas, hayan roido las virtudes, con un amor propio y una propia estimacion, segun el testimonio de la reformadora de treinta monasterios. Por esto hasta vencer combatid y vuestra será la aureola de las victorias. Pero ademas, podrá la desolacion venir con su aparato lúgubre de martirios y desesperaciones: es verdad que á los monasterios alumbra y preside un sol benéfico, siempre haciendolo con vivificante luz; pero ¡ah! cuantas veces los rayos apiñados del ardiente sol, recibidos en la divergente superficie de la luna, no participan á la tierra un solo destello de calor. Vosotras, pues, alguna ocasion quiza direis en los momentos que son siglos de la desolacion: Han entrado las aguas de las tribulaciones hasta el fondo de mi alma; atollada estoy en el cieno del profundo y no hallé consistencia; he llegado á la alta mar y la tem-

pestad me sumergió; me cansé de dar voces, enronquecieronse mis fauces, desfallecieron mis ojos: mas que los cabellos de mi cabeza, se han multiplicado los que me aborrecen sin razon; han robustecidose mis enemigos, y lo que no robé pagábalo luego. Estas y otras imágenes, que como la vision nocturna de Job, nos horripilan y secan hasta la médula de nuestros huesos, serán tal vez vuestros pastos en muy acibarados dias.

Mas acordaos entonces del oráculo divino que dice: Si Dios mata, mata de un golpe y nunca rie de las penas de los inocentes. Pero la desolacion acaso os hará repetir: Me tragó la hondura, y apretadamente el poso cerró su boca sobre mi, mi suerte está fijada, mi nombre borrado del libro de la vida, y decretado ya mi sempiterno castigo. Mas como desaparecen las nieblas al soplar el torbellino, como huyen las bestias de la selva al rayar el dia claro, asi se ahuyenta la desolacion, diciendo con espíritu humillado, la oracion del místico consolador, del apostol del Chablais: „Si Dios ha decretado mi pérdida eterna, si mis buenas obras han de ser inútiles, desde este instante me determino á servirle con desinteres, mientras me dure la vida; gozaré tal felicidad, hasta que llegue el término de mis dias, aunque despues tenga que condenarme.” Y Dios entonces mudaria la sentencia porque habria mudádose la materia del decreto.

¿Os aterroriza la desolacion? Pues luego de que



aprovechan las miradas afectuosas á la efigie exaltada en el desierto, sino para la sanidad de la mordedura de mortífera serpiente? Y de qué la contemplación del tedio y agonía sufridos bajo las olivas del Gese-maní, mas veneradas que los árboles del Eden, sino para confortaros de angustia mortal y de profundo duelo? Y qué significan el levantamiento de cadáveres que reviven, abandonando solitarios los sepulcros; el eclipse palpable de los luminares de la noche y el día; la colisión estruendosa de los elementos, la desolación de la tierra y el cielo; qué significan, repito, sino la futura serenidad y para siempre la calma bonancible? Tantos horrores á la muerte misma de Dios hombre concomitantes, ¿con qué objeto cumplen, sino con la resurrección y la vida?

Y como en pos de las tentaciones del desierto, vinieron con Jesucristo los coros angélicos, no á la manera con que se celebran las glorias de los dominadores del orbe, sino con el festín delicioso, en que hay sinfonia de querubines y platos de un nectar que destila incorruptible vida, se acercaron, y prosternados en tierra, cubiertos sus rostros con las alas, como atónitos de la magestad, se regocijaron y le sirvieron. Así guardada la proporción, á vosotras águilas triunfantes, que os enseñoreais volando sobre las crecidas encinas que coronan la montaña de la tentación, vendrán los ángeles para ento-

nar un himno que diga: Nunca es la desolación sobre la potencia; en la cubierta de tus alas escribiré tus alabanzas, mis adversarios ya confundidos, esterilmente quisieron seducirme; las heridas de ellos, como la de flecha de pequeñuelos; yo cantaré tu fortaleza y loaré con regocijo en la mañana de tu misericordia.

Por la nueva vida que hoy con solemnidad habeis abrazado, no vais, pues, á estar de fijo entre las santificadas quiebras del Tabor, como si allí, con concierto angélicos é inefables dones, se hubiesen para vosotras preparado dos tabernáculos. No, porque vais á ser pobres á ejemplo de aquel, que concediéndoles á los pájaros sus nidos y á las zorras sus madrigueras, él no tenia ni en qué recilnar su cabeza en los momentos terribles de su dolor. Vais á ser castas constantemente, resistiendo todo asalto de un enemigo, algunas veces oculto, desvergonzado muchas, caviloso siempre, que asesta sus certeros tiros, ora al travez de las tinieblas de la noche, ora entre los albores de la madrugada, ora en luminoso y despejado día. Vais, por último, á ser obedientes, y no creais, que de continuo os placirá el pensamiento grato de que obedeciendo, marchais como conducidas en las palmas de las manos de los ángeles, hasta el seno de la inmortalidad; porque á menudo sufrireis los recios embates de la carne, que



tual indócil vendaval azota y se revela á semejanza de Luzbel contra el espíritu monástico. Vais, por tanto, á la montaña del Gólgota, á aquella montaña sobre la que se escuchó un día una voz tremenda, que por la aspereza del abandono, grabada ha quedado hasta en las memorias mas frágiles: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Pero recordad que todo lo podeis en aquel, que nunca dejará de confortaros; y luego que de esto os acordeis decid como Teresa de Jesus: *Sufrir ó morir*. Tal sea la delicia de la religiosa.

¿Y juzgais acaso que una insidiosa filosofía, que aun los torreones de altísimos edificios, sin olvidar las humildes cabañas ha inundado, en un siglo amante frenético de todo cuanto se denomina progreso indefinido, no llevará los rumores, ó los écos de sus espantables gritos hasta los tranquilos recintos de vuestro monasterio? Por ventura creis, que hoy, como en los días antiguos, aquellos días de exquisita remembranza, se respeta el espíritu de contemplacion, y la libertad que cada uno abriga de acogerse en asilos solitarios con el fin de santificarse, é implorar la santificacion agena? ¡Pluguiese al Eterno que asi fuera! El siglo á quien con exceso halagan los sistemas en realidad visionarios de algunos modernos ideólogos, y sus abstrusas cuestiones del bello ideal, y sus oscuras categorías racionalistas, siendo las de unos, in-

comprensibles para los otros, ha aborrecido, muy antiguo es su ódio, las meditaciones celestiales y el misticismo piadoso, no tanto de los monjes del Oriente, cuanto de las verdades felizmente reveladas al mundo por el catolicismo.

Que haya en buena hora, edificios que la sociedad proteja y que la religion consagra, donde se dé amparo al infortunio, instruccion elemental al desvalido, egida á la inocencia, porque asi lo ordena y lo bendice, quien desde el alto cielo evangeliza la misericordia del enfermo, del pobre y del abandonado niño; pero no permitais, por la hostia de propiciacion te lo pido, ¡oh Dios munificentísimo y santo! que se abominen y maldigan los establecimientos de oracion y retiro, que perfeccionas y proteges tú, ¡oh Jesucristo! que eres el esposo de las vírgenes.

¡Cuántas ocasiones el Señor negando las lluvias periódicas á los aridos y abrasados campos del estio, la oracion de la virgen aislada que gime al pié de las gradas del altar, como la paloma en el hueco de la roca, alcanza la piedad para el labrador, y la abundancia de mies para el hambriento pueblo! Cuántas veces el génio de la discordia y de las revoluciones, soliviando sus pesadas álas, despide de entre ellas, sobre las ciudades todas, las plagas egipcias; y la oracion ferviente de una virgen retirada a-



llá en el reposo de los sentidos, arranca de las manos de Dios con la paz el establecimiento del orden y aun para el pueblo sufrido todo linage de dichas! Y cuantas ocasiones el Señor que no se ablandó por las cuatro iniquidades de Damasco, se aplaca y deja caer el rayo apagado de sus manos, porque una virgen desde su pacifico retrete le dice, como en otro tiempo Moises: O les perdonas á ellos ó me borrarás á mi del libro que escribiste! Y cuantas veces los ojos del Señor que se complacen numerando las virtudes cenobíticas, cuentan minuciosamente y una por una las religiosas, y viendo de virgenes justas el misterioso número, señalan para otras fechas la ruina del mundo, construyendo luego con las obras de su clemencia los diques al rio de fuego que vió Daniel, y bajando, como abatida la espada del Señor, que contra Ascalon y sus regiones levantada miró Jeremías! De vosotras, muy amadas hijas, de hoy para despues será tan importante destino.

¡Oh dia diez de Marzo de mil ochocientos cincuenta y tres, que nunca se pierda de entre los venturosos tan alegre dia! Quiza á vosotras, que ahora os consagrais, está reservado el obtener por impetraciones repetidas, la terminacion de la anarquía de nuestro pais, que se gloria de profesar, como otros muchos lugares en que se complace Dios, el culto venerando y único de verdad y de dicha, el catolicismo! Quiza por vuestros humildes y reiterados llo-

ros habrá por fin de decretarse en el consistorio supremo la paz de nuestra infortunada República! Quiza para vosotras esos cielos no serán tan duros, y por vuestros ruegos, evitará México, esta nuestra dulce patria, las fornidas garras del monstruo de Norte-América, que mientras su fascinacion ejerce, nos hace saltar revoloteando al derredor de su boca, que ya sentimos abierta! Quiza por vuestras ocupaciones contemplativas y penitentes, no será la República mexicana para los Estados-Unidos, como es muy hacedero, lo que para la Gran Bretaña ha sido el pueblo desgraciado de la Irlanda, pueblo de opresion y esclavitud, pueblo de hambreados espectros, pueblo de esqueletos errantes, donde la desobediencia casi necesaria, convida halagüeñamente al goce de los derechos del hombre, donde la apostasia religiosa, el Eterno no la permita, brinda juntamente con el pan, riquezas esclarecidas.

Pero cesemos ya; y mirad Sor Maria Juliana de la Asuncion, Sor Maria Tomasa de Santa Rosa, mirad en torno vuestro: *Omnem terram quam conspiciis . . .* No, otros objetos mirad; porque habiendo subido á la montaña de Sion, como gotas de rocío divisareis los reinos todos del mundo y sus pompas; y firmes en peñascos que se elevan sobre aquellas alturas, lo sereis tanto como las columnas que apoyan el palacio de un otro David, respecto del cual el vencedor de los Jebuseos ni aun una leve



sombra es; é incontrastables en aquellas escarpadas, rocas cuan triste, cuan pequeña columbrareis la tierra! y vuestros ojos con el lumen bellissimo que engendra la bienaventuranza, porque con colores ahora turbios pinta á Jesucristo y sus estupendos prodigios, mirarán el centro de aquel inmensurable triángulo, hácia el qué irresistibles ímpetus de fuerza soberana encaminan todos los seres, y enderezan todos los posibles. Allí observareis la consumacion de la ley de gracia; allí el abismo que absorvió en una ley de amor la augusta alianza de los patriarcas; allí la voz que resonó en el Sinay, inculcando magestad y pavor horrendos al pueblo que no domó Moises; allí el reclinatorio de oro custodiado de valientes y flotando sobre los oceanos del amor, del amor que es Jesucristo; allí la voz que rompió los cielos y derritió las montañas, al sentir de Dios la adorable presencia; allí, la consumacion única del Verbo; y allí es donde vosotras alcanzareis como se efectua la union del alma con su único centro, para vivir entregados á sempiterno olvido el dolor y la pena, la vida, no angélica, sino la vida del dueño de las eternidades y de los tiempos, que se ciñe de toda su hermosura y magnificencia, á fin de amedrentar al potentado soberbio, y santificar con los destellos de su gloria el alma acrisolada, que supo despreciar las fruiciones de la tierra, para reinar con Jesucristo en los cielos. *Accessistis ad Sion montem &c.*



